



Equipos de Nuestra Señora

PRESENTACIÓN DEL COLEGIO

Carlo et Maria Carla Volpini

Lunes 21 de Julio de 2008

Nosotros hemos tenido el coraje, sí, debemos reconocerlo, hemos tenido coraje para querer afrontar un tema tan particular y difícil como es el del profecía.

Quizás el hecho de haber repetido tantas veces que el P. Caffarel fue un profeta de nuestro tiempo, y que nuestro Movimiento es un Movimiento profético, se nos ha hecho esta palabra muy familiar, pero quizá, sería necesario también profundizar más en ella para comprender plenamente el valor de esta palabra, para poder comprender por qué la samaritana reconoce en Jesús a un profeta, para llegar a conocer mejor a los profetas del pasado y los de nuestro tiempo, para comprender que un espíritu profético está siempre presente en todo tiempo porque todo tiempo es el tiempo del Espíritu.

Es esta la razón por la que hemos elegido vivir este Colegio bajo el tema de la profecía comenzando esta mañana con una reflexión del P. Ángelo sobre la significación profunda de esta palabra. Tenemos el deseo de construir estas jornadas dejándonos guiar por el espíritu de los profetas antiguos y nuevos, (y cada mañana, durante el momento de la oración, os serán presentados, por los matrimonios Responsables de Zona, las personalidades de los profetas bíblicos y de los profetas de nuestro tiempo). Tendremos también la alegría de presentaros, y nosotros se lo agradecemos, la síntesis elaborada por Tò y Zé de los trabajos del Congreso de Massabielle donde los antiguos Responsables han reflexionado sobre la memoria y la profecía en nuestro Movimiento. Intentaremos reflexionar para saber si en nuestros países, o en alguna parte del mundo, hay signos proféticos de vida que pueden ser proféticos para la humanidad, signos de la presencia del Espíritu de Dios, con los testimonios que les hemos pedido a los matrimonios de Francia, de Estados Unidos, de Australia y de Portugal. Tendremos la oportunidad de conocer si nuestra historia conyugal puede ser lugar de acogida del Espíritu de Dios, si nuestro matrimonio puede convertirse en lugar de profecía en lo cotidiano y reflexionaremos juntos sobre este tema, durante el tiempo de nuestra intervención y sobre todo, durante la Sentada que vendrá después.

¿Debemos, quizás, estar asustados por todo esto? ¿Estamos pecando de presunción? Ciertamente, nuestro objetivo no es ese. Sino que simplemente hemos partido de la idea de que la palabra “profetizar”, en su etimología, significa “pre-anunciar”, y que el profeta nos es más que un hombre capaz de leer el futuro, no es un mago, ni un gurú, ni un adivino, es más bien el que es capaz de leer en el presente, en la realidad que le rodea, los signos del futuro, y que a esto estamos

llamados todos, de numerosas maneras, con un compromiso de reflexionar, de comparar y de profundizar en las cosas.

Desde un punto de vista bíblico, el profeta es el que es capaz de provocar, en el sentido etimológico de la palabra (pre-vocare), es decir, interpela “adelante” al futuro para que se pueda realizar en el presente. Es el que acoge las semillas del futuro aún escondidas bajo los gestos, las palabras, las acciones de una multitud de Hombres que afanosamente, y a menudo confusamente, habitan en la tierra y buscan que la luz venga y las haga florecer en el presente. Ellas nos son más estos granos ya presentes en la historia y en nosotros, en nuestra historia personal y conyugal: los granos de futuro, en efecto, son el fruto de la memoria del pasado, que vienen a elaborar y producir cosas nuevas, el pasado como el futuro son, en efecto, una dimensión del presente, pero demasiado a menudo vivimos olvidando esto, no haciendo memoria del pasado ni haciendo nada con vistas a un futuro.

El profeta es el que habla “en nombre de”, es el que presta su voz a un Otro, un Otro que está en el origen de su palabra, un Otro que es el Dios vivo en la historia de él.

El profeta es un hombre que no está contento de vivir el presente sólo con los criterios de la evidencia y de lo previsto, del “ya está todo dado” y del “ya está todo dicho”, de la vida y de la historia ya escrita; es un hombre que busca la novedad o mejor aún, busca lo que puede significar cada cosa nueva en cada tiempo.

El profeta es el que va en contra de toda clase de injusticia que quite la dignidad del hombre y contra toda clase de poder que oprima al hombre, contra todo dominio y todo modelo que cristalice al hombre y lo sofoque, contra toda forma de cultura que quiera imponer sin ofrecer ocasiones de crecimiento, contra toda forma de fe que exija obediencia sin demandar el amor y la libertad de elección.

Ciertamente que ninguno de nosotros se siente un profeta, pero puede ser que alguno de nosotros, como un profeta bíblico, es, sobre todo, pobre en sí mismo, de seguridades, de convicciones, de reglas, porque quiere hacerse rico del Dios, en el nombre de cual habla.

Hoy como ayer, y puede que más que ayer, todos somos llamados a mirar más allá para escrutar por el horizonte al Dios que viene; todos somos llamados, en el Espíritu, a ser profetas.

“Después de esto yo os enviaré mi Espíritu sobre todo hombre. Vuestros hijos y vuestras hijas serán profetas”, son las palabras de Joel en el Antiguo Testamento (Joel 3,1) y son las palabras que repite Pedro en los Hechos de los Apóstoles (Hechos 2,17); un anuncio que atraviesa el Antiguo y el Nuevo Testamento y que llega a nosotros con la misma fuerza y con la misma claridad: seremos profetas si somos capaces de hablar con la voz del Espíritu.

El mundo de hoy, puede que de manera inconsciente, está sediento de espíritu: ciertamente el drama presente en la historia, la pérdida de los pueblos, las ansiedades de cada uno, la infelicidad de muchos, todo esto es un grito a la presencia de un Espíritu capaz de dar vida, capaz de llenar el vacío que parece extenderse como una mancha de aceite entre los trozos de los muros de ideologías moribundas, entre la ausencia de esperanzas y de proyectos de las nuevas generaciones, entre los silencios que reemplazan los diálogos entre las personas, entre las familias, entre los pueblos, entre las instituciones, entre las iglesias.

« *Sociedad de los cilantros* », ha sido definida la realidad en la que vivimos, no como una metáfora de una alegre y gozosa fiesta, sino más bien como una imagen de muchos fragmentos

indistintos y disparatados que vuelan y se pierden en el aire, caen en la tierra y no encuentran la manera de juntarse los unos con los otros.

Paradójicamente, al mismo tiempo, es el vacío del que nos sentimos rodeados el que hace sonar de nuevo más fuerte en cada hombre, creyente o no, la aspiración a cualquier cosa que dé sentido a su vida, que dé significación a las acciones cotidianas, que den valor a nuestros pensamientos y a nuestras elecciones. Y puede que a los hombres de fe, a nosotros si la tenemos, les sea dada la oportunidad de poder identificar, escuchar y anunciar este “*Espíritu del Señor que llena el universo abrazando cada cosa, y que conoce cada cosa*” (Sab 1,7), porque la fe se puede convertir en un instrumento de lectura de los signos de los tiempos.

El Espíritu del Señor que **llena** el universo: una palabra que está presente porque “*sin Espíritu, Dios se aleja, Cristo queda en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia una simple organización, la autoridad una dominación, la misión una propaganda, el culto una evocación y el actuar cristiano una moral de esclavos. Pero en ÉL, el cosmos se levanta y gime con los sentimientos del Reino, Cristo resucitado está presente, el Evangelio es potencia de vida, la Iglesia significa comunión trinitaria, la autoridad es servicio liberador, la misión es pentecostés, la liturgia es memorial y anticipo, la acción humana es deificada*”¹

El Espíritu de Señor que **abraza** casa cosa: una palabra que expresa toda la acogida paternal y maternal de Dios, que anula cada distinción, que se regocija de la diversidad de la creación, que abate cada muro para respirar el aire de la vida más allá de cada horizonte. Qué contraste con nuestro pequeño pensamiento que hace distinciones de cada cosa, sobre lo mío y lo tuyo, sobre lo bueno y lo malo, sobre lo correcto y lo erróneo, sobre el estar dentro o fuera. Qué contraste con nuestros miedos en afrontar las cosas que nos parecen diferentes, temerosos del posible riesgo de perturbar nuestra calma personal y egoísta. Qué contraste con nuestras actitudes de levantar muros de defensa y barreras de protección, incapaces de dejar respirar el aire de la vida más allá de cada horizonte.

El Espíritu del Señor que **conoce** cada voz: una palabra que manifiesta el deseo y la voluntad de Dios de hacerse Escucha y Palabra entre las voces, con las voces, en las voces de los hombres. El grito de la creación es escuchado por Dios, pero al mismo tiempo es también un grito de Dios por toda lo que ofende a la misma creación. Puede que sea un grito sofocado por la niebla que oscurece nuestros cielos; puede que sea un grito quejumbroso por la vociferación desordenada de palabras inútiles y del ruido ensordecedor del que estamos rodeados; puede que sea un grito criticado por las multitud de maestros malévolos a los que escuchamos y por la multitud de falsas necesidades de las que dependemos. El Espíritu exige, de todas maneras, una escucha profunda de la humanidad y un compromiso por la humanidad para que las primicias del Espíritu de las que Pablo habla (Rom 8,23) no constituyan para los creyentes una razón de huida y de soledad, sino una consciente responsabilidad de respuesta y de solidaridad.

Nuestro tiempo tiene necesidad de profetas capaces de mirar el futuro con ojos serenos para comprender por intuición y para acoger el futuro que avanza, éste que no está todavía pero está ya presente, el Dios de la Eternidad que se hace historia de hoy. No es por casualidad que la acción del Espíritu en la Biblia está en una dimensión, a menudo, ligada al futuro: “*Yo infundiré mi Espíritu en vosotros, y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas*” (Ez 36,27). “*Pero vosotros recibiréis un poder, el Espíritu Santo vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta todos los confines de la tierra*” (At 1,8)

¹ Ignatios di Latakia, Rapporto di Uppsala, 1968, COE, pág. 297, Ginebra 1969

Y no es cierto que sea porque el Espíritu pertenezca a una dimensión que no logra hacerse realidad, sino más bien porque los hombres del Espíritu son los que van siempre por delante, los que miran al futuro, que están ya más proyectados hacia el futuro aunque vivan en lo concreto del presente: cuando se dice Espíritu, en efecto, se refiere a todo aquello que de Dios todavía no se ha intuido, cogido, conseguido, y seguramente, lo que no conocemos todavía de Dios, lo no dicho, lo no realizado, lo no vivido, es mucho, mucho más que todo lo que ya se ha dicho, realizado, vivido... Pararse significa presuponer que conocemos ya bastante a Dios. No acercarnos a lo que nos rodea, significa pensar que ya hemos descubierto todas las maravillas de Dios. No dar espacios siempre nuevos en nuestra búsqueda de fe y de vida, significa pensar que la acción de Dios sobre el hombre se ha acabado con nosotros... ¿Esto es lo que nosotros queremos testimoniar? Las semillas que nosotros debemos todavía hacer crecer, los frutos que todavía debemos recoger, las espigas que todavía debemos hacer dorar, son seguramente muchas todavía.

El Espíritu no tiene rostro, sino que posee muchos rostros. Atanasio de Alejandría escribe que « *Dios se ha hecho carne para que el hombre pueda hacerse Espíritu* ». ² Comprendemos entonces, por intuición, que la ausencia de rostro, de una imagen, de una definición que podamos atribuir al Espíritu, es algo necesario que nos permite comprender que el Reino del Espíritu Santo es el Reino de todos los rostros humanos, y que el Espíritu se manifiesta en cada rostro que pasa a nuestro lado y en cada rostro que nunca encontraremos. Una vez más estamos frente a la realidad de una Encarnación querida por Dios para manifestarse más próximo a nosotros, para hacerse un Dios cercano, para ofrecerse como Dios-hombre. « *El Espíritu Santo no tiene el aspecto genérico de Dios, borroso, neutro, sin rostro, casi del Dios de ninguno para ser el Dios de todos...No, Él es el Dios escondido en cada rostro y el alma de todas las lenguas* » ³

A todos nosotros, comprometidos en el Movimiento y de un modo ahora más específico, comprometidos en el servicio como Consiliarios y Responsables de Región y de Superregión, incumbe la tarea de buscar, de introducirnos en la vida y encontrar las leyes, las reglas, los compromisos que permitan al Espíritu penetrar y hacerse presente en los hombres.

El Espíritu es viento, es fuego. ¡Éstas son espléndidas metáforas de la libertad y del amor del Espíritu! El viento tú lo puedes sentir...él te toca, te acaricia, te roza, te golpea, te abofetea, pero no lo puedes coger para aprisionarlo...en tu interior. Si el viento se encierra y se aprisiona, deja de ser viento... « *De repente, llegó del cielo un ruido muy grande como el de un viento impetuoso, y llenó toda la casa en la que se encontraban* ». (Hech. 2,2). El Espíritu es viento que llega vigoroso y nos llena, pero puede que nos encuentre temerosos o fatigados o incapaces de percibir que el Señor nos está llamando...El viento del Espíritu es libertad y libertad es un lenguaje que todos comprendemos... El fuego es el signo de la metáfora del amor: un fuego terrestre abrasa, consume, destruye...el fuego de Dios es llama que abrasa para la eternidad; recibir el Espíritu significa estar tocados por el fuego del amor de Dios: ¡el amor es un lenguaje que todos comprendemos!

Permitamos hablar el lenguaje del Espíritu en nuestros servicios, permitamos hablar el lenguaje del Espíritu delante de la Carta: esto significa permitir que viento y fuego, libertad y amor guíen nuestra riqueza.

« *El Espíritu del Señor llena la tierra y él tiene conocimiento de toda palabra* » (Sab 1,7)

¡Que este Colegio nos ayude a convertirnos en matrimonios y sacerdotes al servicio del Espíritu en el Movimiento de los Equipos de Nuestra Señora !

² Atanasio di Alesandria, *Lettere festali*, ed. Paoline- Sanpaolo, Torino, 2003

³ L. Sartori, *Atti della XXIII Sessione Ecumenuca del SAE*, ed. Dehonianes, Roma, 1995